

de 1865 por un pequeño grupo la formación de un centro liberal, para cuya jefatura se destinaba á Ollivier, que con Darimon, Janzé, Talhouet, Martel y Mauricio Richard formaba parte de este grupo (1), el cual presentó á Martel como candidato para una vacante de secretario, y Martel habria sido elegido si la izquierda le hubiese dado sus votos.

Por lo demás, no fué de gran estímulo para los amigos de la reforma el discurso del trono con el cual Napoleón abrió la nueva legislatura en 22 de enero de 1866. En aquel discurso el emperador hablaba con un optimismo casi incomprendible de la situación interior, vituperando vivamente á los ánimos inquietos que confundían el progreso con la inconstancia, y que querían restablecer hoy lo que ayer habían desechado. Ensalzó mas que nunca la constitución de 1852 y dijo que era tiempo de poner fin á las discusiones sobre la forma de gobierno. El nuevo presidente de la cámara, que con su participación en los decretos de noviembre de 1860 habia adquirido fama de amigo de las reformas, desilusionó al partido medio que tanto contaba con él, advirtiendo en su discurso de entrada que se tuviera presente que la constitución habia de ser siempre la ley suprema. En estas circunstancias, el tercer partido creyó necesario fijar su posición claramente por medio de una enmienda á la contestación al discurso del trono, en la cual decia que la constancia no era incompatible con el progreso prudente; que la Francia, unida por lazos robustos á la dinastía que le garantizaba el orden, no por eso amaba menos la libertad, antes la creía indispensable para cumplir su destino; que por tanto el cuerpo legislativo suplicaba que se ampliasen las reformas de 1860, ya que la experiencia de cinco años habia demostrado que esto era conveniente y oportuno; y que si la nación de esta manera obtuviese mayor participación en la dirección de sus intereses, miraría con la mayor confianza el porvenir. El tercer partido evitó cuidadosamente invitar á la izquierda á firmar esta enmienda, ni la firmaron Ollivier, que era uno de sus redactores, ni Darimon, con lo cual se esperaba animar á los tímidos. En efecto, el número de las firmas ascendió pronto á cuarenta y dos; y como en la votación se declaró á su favor toda la oposición, ascendió la minoría á sesenta y un votos. En otra enmienda que combatía la dependencia de la prensa respecto del gobierno, ascendió la oposición hasta sesenta y cinco votos.

En estos debates Rouher no mostró la menor intención de apoyar al tercer partido, sino al contrario, habia conjurado á los cuarenta y dos firmantes á no colocarse en un plano inclinado en el cual no habia medio de detenerse. En realidad no podia negarse que esta discusión difícilmente podia ponerse en concordancia con la constitución, pues que ésta permitía solo al senado consultar modificaciones constitucionales; y sin embargo, los firmantes de la enmienda, si querían apoyar sus pretensiones separadamente, no podían menos de atacar algunas de las disposiciones fundamentales de la constitución. Rouher, con el fin de desvanecer toda duda sobre lo inadmisibile de estas pretensiones, hizo que el senado votase el senado-consulta del 18 de julio de 1866, que declaró de nuevo en términos precisos que á aquel alto cuerpo exclusivamente correspondía el derecho de discutir modificaciones constitucionales. Esta manifestación enérgica del derecho constitucional fué del todo ineficaz enfrente de la corriente enérgica del espíritu público que reclamaba imperiosamente reformas. Para dar algo al cuerpo legislativo, le concedió el mismo senado-consulta el derecho de enviar otra vez á la comisión las enmiendas que hubiesen sido desechadas, ya por la comisión misma, ya por el consejo de Estado,

(1) Darimon: *Tiers parti*, pág. 330.

en el concepto de que la enmienda que la comisión rechazase de nuevo, quedara definitivamente excluida de toda ulterior discusión en el cuerpo legislativo. El mismo senado-consulta dejó á la voluntad del gobierno la duración de la legislatura del cuerpo legislativo, que hasta entonces habia estado limitada á tres meses, y al mismo tiempo se fijaron en 12,500 francos las dietas de los diputados por cada legislatura.

Entretanto, los sucesos de la política extranjera aumentaron el descontento y el malestar en el país, y los rumores que corrían sobre la salud del emperador tenían los ánimos mas intranquilos de lo que querían confesar los bonapartistas celosos. Darimon escribía en su diario á principios de octubre de 1866: «El imperio pierde fuerzas, lo cual no quiere decir que se derrumbe; sin embargo, pasa por una crisis que según las circunstancias puede resultar salutar ó pernicioso. El emperador se ha apartado de los principios que le guiaban al comenzar su reinado, y todavía no ha encontrado un nuevo camino. Procede como fascinado, y aun á los hombres de inteligencia mas clara cuesta trabajo seguirle en sus vacilaciones caprichosas (2).» A medida que mejoró la salud de Napoleón fué recobrando su energía y serenidad, con lo cual guardó igual paso su disposición á adoptar una política semi-liberal, á lo cual contribuyeron probablemente también las reformas militares proyectadas, cuya realización exigía grandes sumas que habian de emplearse en el nuevo armamento del ejército. Un decreto del 30 de agosto de 1866 ordenó la adopción del fusil inventado por Chassepot, que éste habia presentado al gobierno ya en 1858, pero para el cual solo á fines de 1865 se consiguió construir un cartucho á propósito. Todo estaba preparado para la fabricación de la nueva arma, de la cual debían entregarse diariamente mil fusiles al precio de setenta francos (3). Estos gastos se conciliaban muy mal con el sistema de economías que representaba Fould, el ministro de Hacienda; de suerte que se acercaba para el emperador la necesidad de separar de su lado á este ministro, y al separarle, se vería obligado á ofrecer en cambio al país una satisfacción con algunas concesiones liberales. Por otra parte, la proyectada ley del servicio militar que suprimía la sustitución de los quintos, excitó la mayor oposición, siendo tan impopular en el campo como en las ciudades, y el solo rumor de que en adelante no habria «números favorables» indignó tanto á la población rural, con cuyo apoyo hasta entonces se habia podido contar seguramente, que los diputados elegidos como candidatos oficiales, temieron no ser reelegidos si la ley era aprobada. No fué, pues, nada extraño que en la mayoría hubiera cada vez mas individuos que vacilaran y que se preguntaran si no les era mas conveniente afiliarse al tercer partido.

La actitud de Walewski favoreció esta disposición de los ánimos. Walewski procuró excitar al emperador á nuevas reformas, habiéndole ya inducido antes en el gran reparto de condecoraciones del 15 de agosto á condecorar á unos cuarenta y dos individuos del tercer partido. Durante la estancia en Compiègne, en otoño, obtuvo el asentimiento del emperador para el proyecto que autorizaba á los ministros á tomar parte en los debates parlamentarios, reemplazaba la contestación al discurso de la corona con el derecho de interpelación, y hacia algunas concesiones en la legislación sobre la prensa. Con motivo de esta ley, entró en negociaciones con Ollivier, con el asentimiento de Napoleón; pero Ollivier pidió concesiones mayores (4), en particular la supresión completa de la justicia gubernativa sobre la prensa,

(2) *Tiers parti*, pág. 407.

(3) Randon, tomo II, pág. 238.

(4) Para lo que sigue véase: *Le 19 janvier*, par M. Ollivier, Paris, 1869.

la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro y la renuncia á la ley del servicio militar. Bajo estas condiciones estaba pronto Ollivier á ocupar el puesto de Rouher en el gobierno ó á ser colega del ministro de Estado si éste se colocaba en el mismo terreno, condición que Ollivier no creía que Rouher aceptara. Una inteligencia entre Ollivier y el emperador era por lo demás imposible ya, porque Ollivier, conforme expuso en una carta que escribió á Walewski en 1.º de enero de 1867, no quería aumentar la carga de contribuciones con la reforma del ejército, y porque consideraba la unión de Alemania como un hecho lamentable y pedía una política pacífica decidida. Hubo en 10 de enero una conversación entre él y el emperador, de la cual salieron ambos interlocutores favorablemente impresionados, pero en la cual se renunció á la entrada de Ollivier en el ministerio. El mismo Ollivier declaró al emperador que podría ser mas útil al gobierno apoyándolo independientemente y que el emperador tenia bastante con Rouher. Viendo á Napoleón conforme, creyó Ollivier en su sinceridad; porque si su intención hubiese sido servirle de él no habria renunciado tan fácilmente á sus servicios. A la comunicación por escrito de sus ideas de reforma contestó Napoleón en una carta muy atenta, fechada en 15 de enero, en la cual decia: «Créame usted: no es la indecisión ni la presunción vanidosa de mi prerogativa lo que me hace vacilar, sino el temor de renunciar á los medios de restablecer el orden moral, base esencial de la libertad.» A renglón seguido exponía las dificultades que ofrecía el dar libertad á la prensa, é indicaba con grande acierto lo mucho que importaba efectuar el coronamiento del edificio de un golpe, pues «no es conveniente que se me obligue cada año á nuevas concesiones, porque como dice Guizot, uno cae siempre del lado á que se inclina.» Terminaba la carta expresando la seguridad de que Ollivier le habia inspirado completa confianza y de que su conformidad con sus ideas le daba todavía mayor valor. Hubo despues otra conversación en la cual el emperador se mostró dispuesto á conceder la responsabilidad ministerial, el derecho de reunión y una ley sobre la prensa; diciendo, sin embargo, que estas concesiones se calificarían de insignificantes si no resucitaba por completo el sistema parlamentario, pues parecia que á pesar de todas las libertades que el pueblo disfrutaba no habia concedido todavía ninguna. No tenia Napoleón el sincero impulso necesario para seguir una nueva política interior ni la confianza en su éxito, y por esto lo que entonces hizo llevó el sello de un cambio á medias. En el consejo de ministros del 17 de enero anunció el emperador á sus consejeros su intención de conceder una ley liberal de imprenta y la libertad de reunión, rogándoles al mismo tiempo que permanecieran en sus puestos. Rouher indudablemente tenia motivo para mostrarse ofendido por lo ocurrido durante las últimas semanas, porque Walewski no le habia dado noticia de la conversación de Ollivier con el emperador ni de haberse ofrecido á aquel un ministerio, é igualmente ignoraba que el emperador se hubiese dejado inclinar á favor de las reformas (1). Por esto declaró conveniente que todos los miembros del gabinete presentaran su dimisión para dejar al emperador en libertad de formar otro. Así se hizo, y el *Monitor* publicó el 19 de enero, á la vez que el ministerio habia presentado su dimisión, los nuevos decretos acompañados de una carta del emperador á Rouher, en la cual trataba de demostrar que las innovaciones de ningún modo conmovían las bases á las cuales el país debia quince años de paz y de prosperidad, y que mas bien consolidaban estas bases si se coronaba con nuevas garantías el edificio

(1) Darimon: *Les Irréconciliables*, pág. 131.

levantado por la voluntad del pueblo. Añadía que el ministro de Estado habia rechazado hasta entonces valerosamente en nombre del emperador pretensiones inoportunas, pero que habia llegado la hora de dar á las instituciones del imperio el desarrollo de que eran capaces. En adelante cualquier ministro por encargo especial del emperador, podría representar las ideas del gobierno en el senado ó en el cuerpo legislativo; se concedió á las dos grandes corporaciones el derecho de admitir interpelaciones, bajo la condición de que en el senado fuesen aprobadas las tales interpelaciones previamente por dos de las cuatro secciones, y en el cuerpo legislativo por cuatro de las nueve secciones. En cambio, se suprimía el debate de la contestación al discurso del trono



Jérónimo David (según fotografía)

que habia excitado sin ningún provecho las pasiones y habia dado lugar á discusiones estériles. Con mas energía que esta carta hizo resaltar el periódico oficial en sus notas explicativas que no se trataba de una modificación de la constitución y que los ministros de consiguiente tampoco podían admitir en adelante mandatos de diputado, sino que eran responsables únicamente al emperador, cada uno por las disposiciones que tomara en su ramo. En esta inteligencia no habia motivo para que Rouher y sus colegas mantuvieran su dimisión; y si no obstante la mantuvieron Fould, Randon y Chasseloup-Laubat, encargándose en su lugar Rouher de la Hacienda además del ministerio de Estado, Niel de la Guerra y Rigault de Genouilly de la Marina, influyeron en esta actitud consideraciones relativas á la reforma del ejército. También Lavalette persistió al principio en su primera resolución, diciendo que no tenia práctica de hablar ante la cámara conforme seria menester en adelante; pero al fin cedió á las instancias de la emperatriz, y entonces retiraron también los demás ministros su dimisión sin ninguna dificultad. Los decretos perdieron con todo esto mucha de su importancia en la opinión pública, porque en seguida se extendió la idea de que no eran mas que una ficción aquellas reformas, cuya realización habia querido confiarse á personajes nuevos para invalidar en sus pormenores lo que se

había concedido en principio. Ciertamente el emperador no había tenido tal intención al obrar así, pero debió de temer que se atribuyera el mérito de las reformas exclusivamente á Ollivier si encargaba á éste la dirección de los negocios (1). Al servirse de uno de sus antiguos ministros debía hacerse mas evidente que las reformas no eran el programa de un ministro, sino que se debían únicamente á la iniciativa imperial. Lo que había de acertado en este cálculo quedó muy debilitado por la circunstancia de que nadie creía en las simpatías sinceras de Rouher respecto del nuevo sistema, y su conducta confirmó este juicio. Se aseguró á la mayoría que los decretos de enero no habían sido resultado de la enmienda de los 42, sino que el emperador había tenido en cuenta «el progreso prudente» de la libertad que la mayoría había recomendado en la contestación al discurso del trono. Enfrente de Ollivier observó el ministro de Estado una actitud muy fría. Las conferencias que conforme al deseo del emperador había de celebrar Rouher con Ollivier con motivo de las prometidas leyes sobre la prensa y la libertad de reunión, se paralizaron luego, y una grosería parlamentaria de Rouher hizo irremediable el rompimiento entre los dos hombres. Ollivier quiso tomar la palabra en la sesión del 26 de febrero para calificar en su conjunto los decretos de enero en un debate sobre la supresión de la contestación al discurso de la corona, al cual dió lugar una interpelación del diputado Lanjuinais. Rouher pretendió que á él le correspondía primero el uso de la palabra, y habiéndolo conseguido, habló tanto y tan largamente, que al fin la mayoría pidió á gritos que se declarase el punto bastante discutido, y Ollivier no tuvo mas remedio que conformarse con la exposición y el discurso del ministro. La intención de Rouher al proceder así era rebajar á su rival hasta la esfera de un individuo cualquiera de la mayoría, y como la oposición le apoyaba en su propósito, por considerar á Ollivier como desertor de sus filas, y como los periódicos no dejaron de hablar en términos burlescos del nuevo miembro de la mayoría, Rouher consiguió en apariencia su propósito. El disgusto de Ollivier se aumentó y su posición se hizo por instantes mas insoportable. Apenas conservaba contacto con la izquierda; los jefes del tercer partido no querían dejarse oscurecer por él, y la mayoría veía en él un enemigo peligroso. A excitación de Jerónimo David fundó la mayoría á mediados de marzo de 1867 un club que recibió el nombre de los Arcadios, por tener su local de reunión en la calle de la Arcada; y aunque según las declaraciones que justificaron su fundación se convino en que no tomara un carácter exclusivo, fué muy pronto el centro de la resistencia á las reformas, y una de sus primeras intrigas fué impedir, por cierto con buen éxito, que Ollivier fuese elegido para la comisión que había de dar dictámen sobre la ley de imprenta, no obstante la declaración de Walewski de que el emperador mismo deseaba su elección. La consecuencia inmediata de esto fué que Walewski presentó su dimisión de presidente de la cámara, que le fué aceptada; pero la esperanza de los arcadios mas ardientes de que Jerónimo David fuese elegido sucesor de Walewski no se cumplió, no obstante que el emperador quería mucho á David y acababa de regalarle treinta mil francos para amueblar su palacio (2). Fué nombrado presidente Schneider, el primer vice-presidente, y David pasó á ocupar el puesto de aquel (3).

La mayoría no obstante se lisonjeaba cada vez mas de que el emperador no tenía intención seria de aplicar las nue-

vas leyes sobre la prensa y la libertad de reunión, y que se conseguiría impedir su aplicación, ó cuando menos reducir su importancia hasta hacerlas ilusorias. Las comisiones no se daban prisa á emitir dictámenes y procuraban contener la tendencia liberal de estas leyes por medio de enmiendas restrictivas. Por cierto que causó alguna inquietud la extraordinaria liberalidad del gobierno en la autorización para fundar periódicos, pues en el curso del año 1867 permitió la fundación de sesenta y siete periódicos políticos nuevos, de los cuales correspondían veintinueve á París (4). A esto se agregaron continuamente voces de que el emperador se impacientaba y meditaba la disolución de la cámara. Verdad es que se atribuía el descontento del soberano á la aversión de la mayoría á la ley del servicio militar, y al disgusto que le causaban las ideas reaccionarias de la misma mayoría; pero la verdad era que los adversarios mas ardientes de las reformas hablaban del emperador en ciertos momentos de la manera mas irrespetuosa, oyéndose expresiones como éstas: si ya no sabe gobernar, que se vaya; no puede hacerse nada con él, como con una persona que está empeñada en arrojar por la ventana; se ha emponzoñado la mayoría con los decretos de enero, y urge que arroje el veneno antes de que sea tarde (5). Al fin las comisiones tuvieron que presentar á mediados de junio y á pesar de su repugnancia, sus dictámenes. La discusión de estos, sin embargo, no pareció conveniente á muchos amigos de las reformas y al mismo gobierno, á causa de lo adelantado de la estación; de suerte que se hizo el favor á la mayoría de aplazar los debates hasta el mes de noviembre, en que la cámara debía volverse á reunir en legislatura extraordinaria, y de que por lo pronto se discutiera solamente el presupuesto. Ollivier, á quien causó este aplazamiento mucho disgusto, desahogó su cólera á costa de Rouher, diciendo que los unos le llamaban primer ministro, otros gran visir y otros todavía mayordomo, pero que en realidad era un vice-emperador irresponsable que se oponía con todas sus fuerzas á la transición del gobierno de la dictadura á la libertad. Naturalmente estas frases hirieron también personalmente á Napoleón, que respondió enviando al fin de la legislatura á Rouher la gran cruz de la Legión de Honor adornada de diamantes, con una carta extraordinariamente amable «para indemnizarle de los injustos ataques de que era blanco.» Fuera del mas estrecho círculo de Ollivier no pudo ser creída la explicación que el emperador, al dar esta muestra de su bondad á Rouher, hubiera pensado únicamente en el debate sobre la expedición mejicana, en el cual Favre el día antes le había dicho que en un país libre se le formaría causa. Por lo demás, desde aquel momento Ollivier rompió otra vez completamente sus relaciones con las Tullerías.

En el curso de esta legislatura fué concedida al senado una ampliación de sus derechos que llamó en gran manera la atención. Por un senado-consulta del 14 de marzo el senado se atribuyó el derecho de devolver al cuerpo legislativo por medio de una resolución motivada toda ley que juzgara contraria á la constitución ó á la defensa del país. En tal caso, el cuerpo legislativo, á no ser que el senado pidiera expresamente la revisión inmediata, solo podía discutir la tal ley en la legislatura siguiente, y si persistía en su primera resolución, podía el senado ejercer como antes su derecho de veto. Persigny, que combatió este senado-consulta, lo calificó con razón de una aproximación al sistema parlamentario.

(4) Pero de los cuales se publicaron solo siete en realidad; Delord, tomo VI, pág. 28.

(5) Véase Darimon: *Douze ans*, pág. 275; *Les Irréconciliables*, página 83. Las expresiones citadas en el texto son del ponente de la ley sobre libertad de reunión.

(1) Darimon: *Les Irréconciliables*, pág. 14.

(2) *Papiers secrets*, pág. 28.

(3) Darimon: *Douze ans*, págs. 266 y siguientes.

rio, y Dupin aconsejó que se fuera mas lejos hasta transformar el senado simplemente en una cámara alta. Esto suscitó naturalmente una violenta oposición además de ser contrario á las intenciones del emperador; mas la verdad es que con semejante innovación quedó notablemente modificada la situación del senado.

Una parte de los adversarios de las reformas con él objeto

de aprovechar el aplazamiento de la discusión hasta noviembre, trabajó para inducir al emperador á disolver la cámara, á pesar de haber asegurado Rouher expresamente que no debía disolverse. Los enemigos de la reforma decían que si Napoleón retirara la ley de servicio militar que tanto disgusto causaba, y si prometiera una disminución de contribuciones, las nuevas elecciones darían un resultado brillantísimo, y que



Trochu (según fotografía)

cuando el país hubiese manifestado reelegiendo la antigua mayoría su satisfacción y su adhesión al régimen vigente, el emperador podría fundarse en este resultado y retirar los proyectos de reforma. Rouher combatió estas proposiciones porque amenazaban su propia posición y las atribuyó á Persigny y á Hausmann, que querían derribarle. En su opinión podía disolverse la cámara el próximo mes de mayo (1868). Continuamente le asaltaba el temor de perder su puesto; ni se creía tampoco seguro de Ollivier, según demostraban las alusiones que le dirigió con ocasión de la inauguración de una estatua de Billault en Nantes, en el elogio de este hombre

notable. Rouher dió á conocer sus pensamientos mas íntimos cuando en octubre Lavalette salió del ministerio del Interior por no estar conforme con la política italiana del emperador, y cuando fué menester nombrar un sucesor al ministro saliente. Entre los papeles de las Tullerías se ha encontrado la larga exposición de Rouher en que pasaba revista á las personas entre las cuales el emperador podía elegir el nuevo ministro. Rechazaba á Persigny y Walewski, sus enemigos personales, diciendo que significarían un cambio completo de sistema. Mucho podía decirse en favor de Magne, atendidos su elocuencia reposada y frecuentemente chispeante,